

Nuevos Antecedentes sobre la Cultura Diaguita Chilena en el Valle del Elqui a partir del Sitio El Olivar

Gabriel E. Cantarutti Rebolledo¹ y Paola González Carvajal²

Resumen

Entre los años 2015 y 2017 se excavó una amplia área funeraria en el sitio El Olivar, en el marco de la construcción de la doble vía (Ruta 5) entre las ciudades de La Serena y Vallenar. A partir de una caracterización de las sepulturas más antiguas (n=86) del área excavada, argumentamos que éstas pertenecen a un momento inicial de la cultura Diaguita Chilena, que denominamos fase Diaguita Temprana. Las evidencias sugieren que durante esta fase los diaguitas crearon una identidad tecno-estilística material, al tiempo que mantuvieron algún grado de interacción social con poblaciones septentrionales de los valles de Huasco y Copiapó. En este contexto, el artículo discute hasta qué punto es posible distinguir al complejo cultural Las Ánimas como una entidad cultural distinta a la cultura Diaguita en el valle del Elqui. Se hipotetiza, a su vez, que la alfarería diaguita consolida una identidad propia materializando lenguajes visuales cuyas raíces podrían estar relacionadas, no solo con el mundo andino, sino que con antiguas tradiciones culturales de las tierras bajas orientales bolivianas.

Palabras clave: Cultura Diaguita Chilena, Complejo Cultural Las Ánimas, Periodo Intermedio Tardío, Periodo Medio, Valle del Elqui.

Abstract

Between the years 2015 and 2017, a large funerary area was excavated at the site of El Olivar, in the context of the construction of the highway (Route 5) between the cities of La Serena and Vallenar. Based on a characterization of the oldest burials found in the excavated area, we argue that they belong to an initial moment of the Diaguita culture, which we name Early Diaguita phase. The evidence suggests that during this phase the diaguitas created a techno-stylistic material identity, while maintaining some degree of social interaction with northern populations of the Huasco and Copiapo Valleys. Within this context, the article discusses the extent to which it is possible to distinguish the Las Ánimas cultural complex from the Diaguita culture, as a different cultural entity in the Elqui Valley. We also hypothesize that the diaguita pottery consolidates a proper identity, materializing visual languages whose roots could be related, not only to the Andean world, but with ancient cultural traditions of the eastern Bolivian lowlands.

Keywords: Chilean Diaguita Culture, Las Animas Cultural Complex, Late Intermediate Period, Middle Period, Elqui Valley.

¹ Sociedad Chilena de Arqueología. gcantarutti@gmail.com.

² Sociedad Chilena de Arqueología. paoglez@gmail.com.

El sitio arqueológico El Olivar es un gran asentamiento prehispánico, de naturaleza habitacional y funeraria. Se ubica unos dos km al este de la línea de costa y un km al norte de la ribera norte del río Elqui, ocupando fundamentalmente la primera terraza fluvio-marina (10 msnm promedio) y un sector acotado de la segunda (20 msnm, promedio), dentro de un barrio de la ciudad de La Serena conocido como La Compañía Baja (Figura 1). Su extensión espacial aproximada, calculada en función de múltiples hallazgos reportados en el tiempo, es de aproximadamente 40 ha (González y Cantarutti 2019). Preliminarmente, podemos estimar el rango de ocupación temporal de este asentamiento en unos ocho siglos (ca. 700 a 1536 d.C.), en atención a la existencia de efímeros conchales del complejo cultural El Molle y a la importante presencia de evidencias habitacionales y funerarias que se extienden hasta la fase diaguita incaica (González 2017).



Figura 1. Ubicación del sitio El Olivar (línea segmentada anaranjada) y polígono investigado entre 2015 y 2017 (rectángulo).

Excavaciones areales que cubrieron casi 340 m² entre los años 2015 y 2017, motivadas por el proyecto Mejoramiento Ruta 5 Tramo La Serena-Vallenar (MOP-Sacyr), permitieron relevar valiosa información de una densa área funeraria, con entierros que presentan materialidades tradicionalmente identificadas con el complejo cultural Las Ánimas (en adelante CCLA) y la cultura Diaguita Chilena, en toda su extensión temporal. Los contextos funerarios recuperados corresponden a 212 individuos contenidos en entierros primarios, 39 de los cuales presentaron uno o dos camélidos, registrándose además 44 entierros secundarios.

Este trabajo se concentra en la discusión del marco cronológico-cultural vigente para la cultura Diaguita en el valle del Elqui, particularmente de sus momentos iniciales y la relación de estos con el CCLA. A partir de 86 contextos mortuorios, se reconocen patrones funerarios y se presenta información respecto a la ergología de las sepulturas más antiguas del sitio, destacando la presencia de elementos artefactuales novedosos. La evidencia reunida arroja luz sobre los inicios

de la cultura Diaguita y permite plantear hipótesis alternativas con respecto a sus vínculos con el CCLA en el Elqui.

Nos hemos permitido obviar una revisión exhaustiva de los antecedentes arqueológicos del sitio, en virtud de que una completa síntesis de la historia de los trabajos y de los materiales recuperados ha sido publicada recientemente por P. González (2017). Sin perjuicio de ello, es conveniente señalar que el investigador que más intervenciones realizó en el sitio fue Francisco Cornely, quien excavó entre las décadas del '30 y '40 (Cornely 1936, 1949, 1956, 1969) recobrando una importante colección de artefactos. Identificó áreas o grupos de sepulturas, distantes entre sí por espacios de 50 a 100 m, precisando que cada grupo funerario presentaba entre 30 y 80 sepulturas, pertenecientes a diferentes etapas o fases de la cultura Diaguita. En este sentido, planteó la existencia de una continuidad temporal en la utilización de dichos espacios, reconociendo al menos 22 grupos funerarios que denominó con letras, de la A a la W.

El sitio es un asentamiento que combina espacios funerarios con otras áreas de conchales y actividades domésticas. Garrido (2016) ha ofrecido una aproximación a la ocupación habitacional del sitio y sus prácticas domésticas, concluyendo que el asentamiento habría estado compuesto por caseríos relativamente dispersos en suelos agrícolas. Ha planteado que “entre vecinos habría surgido cierto grado de diferenciación social en el momento de mayor intensidad de ocupación, pero no está claro si esto fue un proceso local o más bien relacionado a la influencia incaica” (Garrido 2016: 262).

El Complejo Cultural Las Ánimas en el Valle del Elqui y su Relación con los inicios de la Cultura Diaguita Chilena.

Se ha planteado que antes del desarrollo de la cultura Diaguita, aproximadamente entre el 800 y el 1200 d.C., el valle de Elqui habría sido habitado por grupos pertenecientes a una entidad cultural distinta, denominada como complejo cultural Las Ánimas (Ampuero 1989, 2017; Castillo 1989; Niemeyer 1998). Estos grupos compartirían manifestaciones materiales con poblaciones de los valles de Huasco y Copiapó y proporcionarían una base cultural que daría origen más tarde a la cultura Diaguita Chilena. A continuación, destacaremos algunos hitos de la investigación que permitieron construir dicha visión.

En la década de 1930, Francisco Cornely (1956) fue el primer investigador en registrar en el Elqui (sitio Quebrada Las Ánimas) contextos funerarios que, más tarde, serían atribuidos al CCLA. En su momento, consideró que estas manifestaciones, y particularmente parte de su alfarería decorada, presentaba contrastes con la cerámica diaguita. Sin embargo, defendió la idea de que los conjuntos podían ser atribuidos a una primera fase de desarrollo de la misma, que llamó Diaguita Arcaica, empleando el nombre que ya Latcham (1932) había sugerido para un tipo alfarero que sería redefinido años más tarde por Julio Montané (tipo Ánimas IV). Cornely también detectó sepulturas de la fase que llamó Diaguita Arcaica en los sitios costeros de El Olivar y Guanaqueros (1949, 1956, 1969), las que incluían camélidos completos, y destacó el hallazgo de sepulturas atribuidas a dicha primera fase en sitios que también presentaban tumbas de los períodos que consideró más tardíos, como por ejemplo, El Olivar, Punta Teatinos, y Altovalsol (Cornely 1935, 1956). El autor constató que ciertos diseños presentes en la cerámica Diaguita Arcaica también se encontraban en

la cerámica de etapas posteriores (Cornely 1956). Desgraciadamente, dejó un escaso registro de las asociaciones contextuales observadas en las innumerables tumbas que excavó.

El análisis de las piezas completas decoradas halladas por Cornely en el sitio Quebrada Las Ánimas y de otras similares conservadas en el Museo de La Serena, llevó a Montané (1969) a definir cuatro tipos cerámicos que, siguiendo el criterio de sitio tipo, denominó como Ánimas I, II, III y IV. En su trabajo, propuso que los tipos cerámicos Ánimas debían formar “parte de un conjunto ergológico” (Montané 1969: 170) que, aunque posterior al Molle y anterior al Diaguita Chileno, podría haber llegado a ser contemporáneo con el fin del primero y el comienzo del segundo. La ausencia de registros que permitieran a Montané reconstruir las asociaciones contextuales de las sepulturas del sitio Quebrada Las Ánimas, o quizás el escaso valor diagnóstico atribuido a sus piezas monocromas completas (alisadas, pulidas y rojo engobadas), hicieron que no las incluyera en su estudio. De haberlo hecho, seguramente habría advertido la estrecha similitud entre ésta y la alfarería monocroma identificada con la cultura Diaguita, tal como lo ha documentado más recientemente Guajardo (2008, 2011).

Será Gonzalo Ampuero (1972-1973; 1977-1978) quien, valiéndose de la tipología cerámica de Montané (1969) e integrando datos de contextos domésticos (conchales) de los sitios Los Pozos de Puerto Aldea (Montané, 1960a), Punta Teatinos, (Montané 1960b), Compañía de Teléfonos, y áreas funerarias del sitio Punta de Piedra (Ampuero 1972-1973), propondría la existencia de la entidad conocida como complejo cultural Las Ánimas. Sus estudios lo llevaron a concluir que el tipo cerámico Ánimas IV se identificaba con los inicios de la cultura Diaguita Chilena y que debía ser incluido, junto al estilo alfarero Diaguita Transición, como característico de la fase Diaguita I.

Por otro lado, propuso que los tipos cerámicos Ánimas I, II y III debían ser contemporáneos, pero anteriores al estilo Transición, pudiendo considerárselos característicos del CCLA (Ampuero e Hidalgo 1975; Ampuero 1977-1978). La principal evidencia para sostener estos planteamientos fue el hallazgo de una secuencia estratigráfica en el sitio Compañía de Teléfonos (Ampuero 1972-1973), que mostró un estrato ocupacional inferior atribuible al CCLA, seguido por otro estéril, sobre el cual se halló un estrato asignado a la fase Diaguita I. El depósito finalizaba con otras capas atribuidas a momentos posteriores de la cultura Diaguita. En el estrato asignado al CCLA fueron hallados un fragmento Ánimas I, dos Ánimas II, 10 Ánimas III, y 260 fragmentos de cerámica no decorada. El estrato asignado a la fase Diaguita I, en tanto, incluía 15 fragmentos Ánimas IV y 187 fragmentos no decorados³. En ambas capas, la cerámica no decorada presentó características similares y fue descrita por Ampuero con el calificativo de “burda” (Ampuero 1972-1973; Osorio 2003).

Del estrato atribuido al CCLA se obtuvo un fechado radiocarbónico de 1045 ± 95 a.p. (I-5956), tradicionalmente convertido a años calendáricos como 905 d.C., que al ser calibrado, se expresa como 787-1227 cal d.C.⁴ Actualmente, es evidente que este rango de años calendáricos es amplio

3 Las cantidades de fragmentos correspondientes a los tipos cerámicos Ánimas I, II, III, y IV ha sido obtenida de Osorio 2003. La cantidad de cerámica monocroma no decorada presente en las capas ha sido calculada a partir de los porcentajes entregados por Ampuero (1972-1973).

4 Las probabilidades dentro del rango son 787-807 (p=0,9%) y 856-1227 cal d.C. (p=94.5%). Los fechados en este trabajo han sido convertidos a rangos de años calendáricos utilizando la aplicación OxCal v4.3.2 (Bronk Ramsey, 2009), y aplicando la curva de calibración sudamericana SHCal 13 (Hogg *et al.*, 2013). Los rangos de fechas se expresan con un 95.4% de probabilidad (dos desviaciones estándar).

y de escasa ayuda para precisar la ubicación del evento ocupacional. Pero fue así como en aquel entonces, la presencia de unos pocos fragmentos decorados en el estrato inferior del depósito arqueológico, sirvió de base para plantear que la ocupación inicial del sitio podía ser asignada a una entidad cultural distinta a la Diaguita, que comenzó a ser reconocida como el CCLA. A su vez, la fecha de 905 d.C. se inscribiría como un hito temporal, que señalaría los últimos momentos de dicha entidad y serviría como límite inferior para los inicios de la cultura Diaguita en el Elqui.

Los conchales de los sitios Los Pozos y Punta Teatinos excavados por Montané (1960a, 1960b) también son citados por Ampuero (1977-1978) y Ampuero e Hidalgo (1975) para fundamentar la validez de la secuencia cerámica observada en el sitio Compañía de Teléfonos. Mientras Punta Teatinos ofrecía evidencia estratigráfica de que el estilo cerámico Transición era anterior al Clásico, el sitio Los Pozos confirmaba esta situación, aunque también hacía sospechar a Montané que la cerámica que entonces llamaba Diaguita Arcaica (entre esta sólo identificó el tipo cerámico que más tarde clasificaría como Ánimas III⁵) podía ser contemporánea del estilo Transición.

Por otro lado, excavaciones en el sitio Punta de Piedra mostrarían, según Ampuero (1972-1973; 1977-1978), una superposición de tumbas asignadas a la fase Diaguita II (entonces llamada Clásica por el autor, siguiendo a Cornely) por sobre otras atribuidas a la fase Diaguita I (por entonces llamada Transición). Ligeramente por debajo del nivel de éstas últimas se hallaron dos sepulturas con vasijas del tipo Ánimas IV, que se interpretaron como correspondientes a los inicios de la cultura diaguita y, por lo tanto, como de comienzos de la fase Diaguita I. Aunque las descripciones de las piezas diagnósticas de estas dos tumbas son claras en el texto de 1973 y permiten identificarlas como vasijas del tipo Ánimas IV, este trabajo no describe con claridad vasijas de estilo Transición para el resto de las sepulturas asignadas a la fase Diaguita I. En este sentido, el principal criterio para la adscripción de estas últimas sepulturas a la fase I es estratigráfico, y se apoya en la ubicación de éstas en un plano intermedio, ligeramente por encima de aquellas con el tipo Ánimas IV (atribuido a la fase Diaguita I), y por debajo o a mayor profundidad que las de la fase Diaguita II. Una de las principales características descritas para las tumbas asignadas a la fase Diaguita I, es que sectores o gran parte de los esqueletos aparecían cubiertos con fragmentos cerámicos no decorados (Ampuero 2017).

Hasta comienzos de los '80, la existencia del CCLA se apoyó en el reconocimiento de tipos cerámicos decorados (Ánimas I, II, y III) que no parecían contemporáneos de otros identificados como típicamente Diaguitas (Ánimas IV, Transición, y Clásicos). En este sentido, la definición del CCLA carecía de una visión integral de materialidades y prácticas que pudieran ser vinculables con los tipos cerámicos postulados como diagnósticos, cuestión que era admitida por aquel entonces (Ampuero 1972-1973; 1977-1978; Ampuero e Hidalgo 1975). Los vacíos ergológicos y contextuales del CCLA comenzarían a ser llenados a partir del descubrimiento accidental de una amplia área funeraria en el marco de la remodelación de la Plaza de Coquimbo, en 1981.

Los trabajos en el sitio Plaza de Coquimbo (Castillo 1984; Castillo *et al.* 1985) permitieron registrar por primera vez la composición individual y obtener una visión general de los contextos funerarios (34 en total, pero 28 sin signos de disturbación) atribuidos al CCLA, en la costa del valle del Elqui. En el sitio quedó en evidencia un patrón de sepultación en donde destacaba la disposición de

5 Si bien las descripciones cerámicas en el trabajo de Montané (1960a) no dan cuenta de la presencia en el sitio de los tipos Ánimas I y II, Guajardo (2011) reconoció un fragmento tipo Ánimas II en su revisión de este material.

camélidos completos (en 18 entierros), usualmente en número de uno o dos (aunque también hasta cinco), acompañando a una persona adulta y en ocasiones a niños. Los contextos proporcionaron una variada colección de materiales incluidos artefactos de piedra tallada, pulimentada, hueso, una inusitada presencia de objetos de metal a base de cobre, además de una cantidad menor, pero no menos importante, de artefactos de concha, madera, minerales (pigmentos), y alfarería. En relación a esta última, la única vasija decorada hallada en uno de los entierros bien conservados y con presencia de camélidos (sepultura 27) correspondió a una vasija tipo Ánimas I, con numerosos orificios de restauración prehispánica. Su presencia en el sitio fue clave para que los investigadores adscribieran la totalidad de las sepulturas del sitio al CCLA y se popularizara la idea de que la sepultación con camélidos completos era un patrón característico de lo Ánimas.

Respecto a estos dos puntos es pertinente recordar, en primer término, que las otras nueve vasijas cerámicas obtenidas del sitio, todas monocromas, presentan características similares a las de la alfarería diaguita. En efecto, entre el material recuperado de sectores que habían experimentado alteraciones, se recuperó un puco rojo engobado, aparentemente con un par de lóbulos sobre el labio, “similar a las fuentes Diaguita I” (Castillo 1984: 201). En la sepultura 23, en tanto, fue hallada la mitad inferior de una vasija “similar a las urnas no decoradas Diaguita” (Castillo 1984: 202). A ellas se suman un puco y otras seis piezas descritas como ollas⁶, todas encontradas en sepulturas (Castillo 1984), las cuales presentan tratamientos de superficies (alisadas), pastas y cocciones comparables a las de vasijas no decoradas diaguitas. En segundo lugar, y en relación a la presencia de camélidos completos en sepulturas, cabe señalar que el registro de vasijas tipo Ánimas IV y Transición en tumbas que presentan esta característica (Cornely 1935; Ocampo com. pers 2008; Guajardo 2011), permitiría afirmar, respetando el cuadro cronológico tradicionalmente aceptado para la cultura Diaguita, que esta práctica perduraría hasta la fase Diaguita I. Más aún, también se ha planteado que el patrón funerario habría continuado excepcionalmente incluso hasta la fase Diaguita II (Biskupovic y Ampuero 1991).

En relación a la cronología de los entierros con camélidos completos podemos indicar que, a partir de un objeto de madera hallado en la sepultura 12 del sitio Plaza de Coquimbo, se obtuvo un fechado radiocarbónico de 740 ± 60 a.p. (Beta-36098), entonces convertido a años calendáricos como 1210 d.C. (Niemeyer *et al.* 1991). Calibrado, el rango calendárico del fechado es de 1224-1394 (p=95,4%) cal d.C. Más recientemente, Larach (2017) ha obtenido fechados radiocarbónicos de otras cinco sepulturas del mismo sitio a partir de huesos humanos, los cuales arrojaron resultados calibrados entre el 1000 y 1250 d.C., aproximadamente⁷. Por otro lado, también fechó cinco sepulturas (muestras de huesos humanos) halladas en la plaza de La Serena atribuidas al CCLA, consiguiendo resultados comparables con los de la Plaza de Coquimbo⁸. Al menos dos de las sepulturas fechadas presentaron camélidos completos (fosas 4 y 5) pero no incluyeron vasijas

6 Por su morfología, Guajardo (2011:32) clasifica estas piezas como “jarros monocromos simétricos de perfil inflectado”

7 Las fechados del sitio Plaza de Coquimbo son los siguientes: sepultura 9 (UGAMS 30137), 1050 ± 20 a.p., 991-1047 (p=80,1%) y 1086-1134 (p=15,3%) cal d.C.; sepultura 10 (UGAMS 30138), 910 ± 25 a.p., 1052-1080 (p=4,7%) y 1146-1226 (p=90,7%) cal. d.C.; sepultura 11 (UGAMS 30141), 890 ± 25 a.p., 1153-1233 (p=90,7%) y 1246-1264 (p=4,7%) cal. d.C.; sepultura 15 (UGAMS 30139), 1020 ± 25 a.p., 1018-1149 (p=95,4%) cal. d.C.; y sepultura 19 (UGAMS 30140), 1040 ± 20 a.p., 994-1049 (p=62,8%) y 1083-1139 (p=32,6%) cal. d.C.

8 Las fechados del sitio Plaza de La Serena son los siguientes: fosa 1 (UGAMS 9377), 900 ± 25 a.p., 1072-1076 (p=0,5%) 1149-1230 (p=93,4%) y 1250-1261 (p=1,5%) cal d.C.; fosa 3 (UGAMS 9378), 870 ± 20 a.p., 1180-1260 (p=95,4%) cal. d.C.; fosa 4 (UGAMS 9379), 970 ± 20 a.p., 1035-1163 (p=95,4%) cal. d.C.; fosa 5 (UGAMS 9380), 890 ± 20 a.p., 1156-1230 (p=94,3%) y 1253-1259 (p=1,1%) cal. d.C.; y fosa 11 (UGAMS 9381), 1000 ± 20 a.p., 1027-1149 (p=95,4%) cal. d.C.

cerámicas decoradas, aunque sí objetos de metal como aros, un hacha, y una campana de bordes plegados (Larach com pers. 2012). Cabe destacar que otra de las sepulturas con camélido (entierro 14, no fechado) presentó segmentos de un gran contenedor cerámico cubriendo la parte superior del humano y el camélido, además de un plato estilo Diaguita Transición (patrón Ondas A1-4 de dibujos gruesos) sobre el cráneo del animal.

Las fechas obtenidas por Larach (2017) también son muy similares a las obtenidas por G. Cantarutti y Gloria Cabello en el sitio El Olivar (actual población Brillamar) para una ocupación adscrita al CCLA. En el marco de un rescate arqueológico en la actual población Brillamar, se efectuó una excavación acotada de 4x2 m, detectándose la presencia de un conchal cuya capas inferiores presentaron una veintena de fragmentos Ánimas I y II los cuales pertenecían mayoritariamente a segmentos de dos pucos fragmentados y casi 50 fragmentos Ánimas III (Guajardo 2011; Cantarutti 2018). Por sobre estas capas se documentaron estratos con cerámica Ánimas IV y de estilo Transición, representativos de ocupaciones más tardías, corroborando la secuencia observada en el sitio Compañía de Teléfonos. En todas las capas se recuperó también alfarería monocroma y alisada con pintura diluida (grandes contenedores) que compartían atributos en términos de pasta, cocción y formas (Guajardo 2011). Los fechados radiocarbónicos obtenidos para la base (981±36 a.p., AA10312, hueso de camélido, $\delta^{13}C = -17,6 \text{ ‰}$) y el techo (856±46 a.p., AA101660, carbón, $\delta^{13}C = -26,3 \text{ ‰}$) de la ocupación inferior atribuida al CCLA, dieron por resultado 1025-1180 cal d.C. (p=95,4%), y 1150-1287 cal. d.C. (p=95,4%), respectivamente.

La excavación del sitio Plaza de Coquimbo representó por mucho tiempo la principal fuente de información en relación a las materialidades atribuidas al CCLA. De hecho, la síntesis sobre esta entidad cultural escrita a fines de los '80 por Gastón Castillo (1989) se basó fundamentalmente en los datos aportados por este sitio, más la revisión y discusión de evidencias asignadas al CCLA reportadas para los valles de Copiapó, Huasco, y Elqui. Durante la década de los '90, investigaciones encabezadas por Hans Niemeyer, Gastón Castillo y Miguel Cervellino en la hoya del río Copiapó (Niemeyer *et al.* 1998) aportarían nuevos datos sobre las características del CCLA en dicho valle. Entre ellas, la mayor variabilidad de tipos cerámicos decorados con respecto al valle del Elqui (tipos La Puerta, *sensu* Guajardo 2008), así como modalidades de sepultación (en túmulos y fosas cilíndricas estrechas⁹), y construcciones de piedra (pequeños sitios habitacionales y posibles instalaciones defensivas) no documentadas en este último valle (Troncoso y Pavlovic 2013).

Sin lugar a dudas, para la investigación el principal elemento articulador del CCLA entre los valles de Copiapó y Elqui, ha sido la presencia de los tipos cerámicos Ánimas I y II (Garrido 2011; Cantarutti 2018), sin que se haya prestado la misma atención a otras materialidades y elementos de análisis (p.e. prácticas mortuorias, arquitectura, patrones de asentamiento), que lejos de sugerir homogeneidad cultural valle a valle, dan cuenta de una variabilidad aún difícil de precisar frente a los vacíos de la investigación (Troncoso y Pavlovic 2013). En este sentido, durante muchos años primó el peso específico de la cerámica decorada como indicador de identidad cultural y dispersión espacial del CCLA, a pesar de que respecto de esta materialidad, tampoco se había investigado con

9 Las sepulturas de túmulos presentan cuerpos asociados exclusivamente a vasijas tipo La Puerta (*sensu* Guajardo 2008). En las fosas cilíndricas estrechas, los cuerpos aparecen asociados exclusivamente a tipos cerámicos Ánimas I y II, siguiendo un patrón similar al observado en el sitio Chancoquín Chico (valle del Tránsito, hoya del Huasco). En las tumbas con túmulos se registró, con cierta frecuencia, la disposición de un camélido completo por debajo del nivel de entierro de la primera persona sepultada, situación que contrasta con la estrecha proximidad con que son dispuestos camélidos y humanos en el Elqui.

mayor profundidad cuestiones como frecuencias de tipos cerámicos valle a valle, y sus variaciones en términos formales, tecnológicos y decorativos. En los últimos años, sin embargo, se han planteado una serie de consideraciones sobre estos tópicos que, si bien, todavía son incipientes, es pertinente revisar.

En primer término, el tipo Ánimas I parece ser más frecuente en los valles de Copiapó y Huasco que en el Elqui, en donde su presencia se remite al curso inferior del valle (Cantarutti 2018). Se ha planteado también, que la más tardía alfarería Copiapó es directa heredera de los hábitos productivos involucrados en la elaboración de los tipos cerámicos Ánimas I y II, con las cuales comparte atributos formales, tecnológicos y decorativos (Garrido 2007, 2011). Por otro lado, en la producción del tipo Ánimas II en el Elqui, parece primar la elaboración de vasijas con un perfil subesférico y base cóncava, es decir, con una oquedad central en la cara externa (que a veces sobresale en la cara interna de la pieza), situación que contrasta con los perfiles tronco-cónicos y acampanados de base recta, comunes en Huasco y Copiapó para este tipo cerámico (Cantarutti 2018). Los perfiles subesféricos y bases cóncavas también son comunes en vasijas Ánimas III, Ánimas IV, y de estilo Transición presentes en el Elqui que, por cierto, no se hallan más al norte¹⁰. Esto sugiere vínculos formales en la producción de los tipos Ánimas II, III, IV y vasijas no restringidas de estilo Transición en el Elqui (Garrido 2007; Cantarutti 2018), que también parecen registrarse en el plano tecnológico, a nivel de pastas (Guajardo 2011). En el plano decorativo, en tanto, el empleo de la policromía de colores negro, blanco y rojo, aplicada a diseños geométricos y configuraciones simétricas simples, frecuentemente vinculadas a patrones decorativos cuatripartitos, constituyen un rasgo distintivo de los tipos Ánimas III y IV en los valles de Elqui y Limarí (Cantarutti 2018). Como veremos más adelante, la incorporación de la policromía y el empleo de esta iconografía geométrica y simétrica podrían aportar importantes luces sobre el posible origen y vínculos culturales de la cultura Diaguita.

La identidad estilística-tecnológica es todavía más manifiesta en términos de tratamientos de superficie, cocción, y pastas en la cerámica no decorada que se ha encontrado asociada a los tipos decorados Ánimas y Diaguitas del Elqui, al punto que Guajardo (2011), ha propuesto el concepto de tradición alfarera “Ánimas-Diaguita” para dar cuenta de la continuidad en el tiempo de elecciones productivas que configuran un mismo estilo tecnológico. Ejemplo de esto último, en el propio sitio El Olivar, es la gran similitud formal, de pastas y cocción entre la fragmentería de grandes contenedores alisados, a veces decorados con pintura diluida, que aparecen asociados tanto a alfarería de tipos Ánimas como Diaguitas (Guajardo 2011; Pavlovic y Alfaro 2019).

Las similitudes entre las industrias del CCLA y la cultura Diaguita en el Elqui no se limitan a la alfarería sino que, como ha sido advertido antes (Castillo 1989; Troncoso *et al.* 2016), también se observan en la producción lítica tallada (puntas de proyectil), metalurgia (adornos y herramientas) (Latorre 2009), y objetos de hueso (espátulas, tubos inhalatorios, torteras). Tan importante como lo anterior, es la continuidad ocupacional de espacios habitacionales y funerarios en varios sitios del valle por estas poblaciones que, según se ha propuesto tradicionalmente, corresponderían a entidades culturales diferentes.

10 Ángel Durán (1988) planteó la presencia del tipo Ánimas III en el sitio La Puerta A basado en el hallazgo superficial de un fragmento. Pensamos que los atributos descritos para éste son insuficientes para asignarlo al referido tipo, pues está ausente la pintura blanca y los diseños en la superficie interna (rojo, blanco y negro-ferroso) que son característicos del tipo Ánimas III.

Caracterización General de las Sepulturas clasificadas como Diaguita Tempranas.

En el año 2014, el Consejo de Monumentos Nacionales delimitó un polígono de 380 m de largo por 50 m de ancho, al costado oeste de la Ruta 5, a fin de que se realizaran trabajos de caracterización arqueológica y rescate, en el marco de la construcción de la doble vía (Ruta 5) entre las ciudades de La Serena y Vallenar (Figura 2). Producto de la etapa de caracterización arqueológica (González y Cantarutti 2019) se definieron: ocho áreas funerarias denominadas como FUN-1 a FUN-8 (además de 14 rasgos funerarios designados provisionalmente como sepulturas aisladas); 29 áreas de conchales (CON-1 a CON-29); y seis áreas de potenciales actividades domésticas (DOM-1 a DOM-6).



Figura 2. Vista de sur a norte del polígono sujeto a investigación (línea segmentada amarilla) y del área excavada.

Los trabajos de rescate se concentraron en las áreas funerarias FUN-6 y FUN-8 que, conforme avanzaron las excavaciones, fueron revelando la existencia de una sola gran área funeraria. En total se identificaron 212 individuos, contándose 86 entierros primarios (40 %) que atribuimos preliminarmente a un primer momento o fase de entierros del sitio que, como se argumenta en la discusión de este trabajo, denominamos como “Diaguita Temprano” o “Diaguita Inicial”¹¹.

¹¹ Existen otros 19 entierros primarios que reunimos dentro de un grupo que llamamos “Diaguita Temprano o Diaguita Medio”, pues no podemos establecer con certeza si pertenecen a una u otra de las fases funerarias propuestas para el sitio. Dichos entierros no han sido considerados en este trabajo, a fin de analizar solo aquellos que podemos incluir con mayor certeza dentro de la fase funeraria más temprana del sitio.

La catalogación de estas sepulturas como las más tempranas del sitio, se fundamenta estratigráficamente en que yacen mayoritariamente (74 %) dentro de una capa de arenas finas y baja compactación (capa C), ubicada en la parte inferior del depósito, y que se caracteriza por la escasa presencia de restos culturales vinculables con eventos de ocupación doméstica (capa C). Ocasionalmente (2 %), incluso un par de sepulturas se ubicaron por debajo de la capa C, en capas de arena más gruesa y de menor compactación (Capas C-D y D), mientras que el resto (24 %) lo hizo inmediatamente por sobre la capa C, en una capa areno-limosa de mediana compactación (capa A-C).

En general, los entierros se encontraron entre los 60 y 100 cm de profundidad con respecto a la superficie, muchas veces por debajo de inhumaciones cuyos atributos, en términos de formas de sepultación (p.e. posición de esqueletos, ausencia de camélidos, presencia de cistas) y objetos asociados, permitían inferir para estas últimas su pertenencia a momentos más tardíos (Diaguita preincaicos y Diaguita incaicos). En algunos casos, incluso se constató la alteración parcial de las sepulturas más tempranas por aquellos entierros más tardíos.

Aunque algunas de las sepulturas tempranas se hallaron distanciadas entre sí por espacios de hasta 3 metros, como en los casos descritos para los sitios Plaza de Coquimbo (Castillo *et al.* 1985), Plaza de La Serena (Larach com. pers. 2012), y Guanaqueros (Cornely 1956), también se detectaron espacios más puntuales en que los entierros con camélidos aparecían sin mayor distanciamiento entre ellos. En algunos casos, incluso algunas de estas inhumaciones provocaron alteraciones sobre otras del mismo tipo.

A continuación, se ofrece una caracterización general de las sepulturas que inician la secuencia de inhumaciones en el área excavada, separando dos grandes grupos: entierros en que las personas fueron acompañadas de camélidos (uno o dos), y sepulturas en las que no se verifica tal condición. En ambos grupos se distinguen luego categorías de entierros considerando la presencia o ausencia de elementos artefactuales; la identificación o no de alfarería diagnóstica descrita en la literatura; así como la presencia de cerámica novedosa, no referida previamente por la investigación.

En esta clasificación de las sepulturas hemos puesto un énfasis en la materialidad cerámica, atendiendo al hecho de que la alfarería ha sido un indicador clave en la investigación, tanto para la construcción de la secuencia regional, como para la definición de entidades culturales atribuidas a los periodos Alfarero Medio (CCLA) e Intermedio Tardío (cultura Diaguita).

A) Personas sepultadas con camélidos

a. 1) Sin elementos artefactuales asociados (n=10).

Son entierros individuales de personas masculinas y femeninas, adultas y subadultas, que yacen decúbito lateral (izquierdo o derecho), con los miembros inferiores hiperflexados, la mayoría orientados de este a oeste, y en dos casos de norte a sur. En todos los casos, las personas son acompañadas de un solo camélido (en dos casos, preñados), dispuesto en estrecha asociación con el humano. La mayoría de las veces (siete casos) el animal yace por detrás del humano, reproduciendo la misma lateralidad de éste, por lo que ambos figuran como recostados en la misma dirección. En los tres casos restantes, el animal yace por delante del humano, enfrentando el cuerpo de éste último.

No se registran elementos artefactuales como parte de ninguno de estos contextos¹², aunque es muy posible que hayan existido objetos que no lograron preservarse por factores de conservación (p.e. textiles, madera, cestería), lo cual también aplica al resto de las sepulturas mencionadas más abajo. Se incluyen dentro de este grupo los entierros de los individuos 1, 2, 38, 70, 80, 81, 111, 151, 168, y 190.

a.2) Con artefactos asociados, pero sin presencia de cerámica diagnóstica (n=19).

Se trata de entierros individuales, de personas de ambos sexos, que comparten con el grupo anterior (a.1) rangos etarios, posición de los cuerpos, así como la prevalencia en la orientación este-oeste de los mismos (15 casos). Las personas son acompañadas de uno o dos camélidos en estrecha cercanía con el humano. Son mayoritarios los entierros con un camélido (14 casos), en los que el animal yace por detrás del humano, reproduciendo la misma lateralidad de éste, por lo que ambos figuran como recostados en la misma dirección. Cuando los camélidos son dos (cinco casos), estos se disponen uno hacia ventral y otro hacia dorsal del humano, ya sea con los cuerpos de los animales enfrentados entre sí (en dos casos), o bien reproduciendo la lateralidad del humano (tres casos), de modo que los tres cuerpos se ven recostados en la misma dirección.

Si bien 10 de las 18 sepulturas de este grupo presentan elementos cerámicos, solo en tres de ellas se registran vasijas cerámicas. Estas son monocromas y corresponden a: una pequeña urna rojo engobada (individuo 53), un jarro zapato (individuo 213), y una vasija restringida de forma no determinada por hallarse fracturada (alisada y con hollín; individuo 180). En otros seis entierros, el elemento cerámico es un gran trozo de contenedor tipo urna (alisadas y excepcionalmente en un caso con decoración pintada) dispuesto sobre el área central de la sepultura, ya sea directamente o unos 20 cm por sobre regiones del esqueleto humano o del camélido (individuos 52, 64, 76, 195, 203, 207). Estos segmentos de vasijas se hallaron siempre fracturados en varios trozos, seguramente por factores post-depositacionales, y no se descarta que hayan servido como marcadores subsuperficiales ante eventuales nuevas inhumaciones a ser realizadas en el mismo lugar. Finalmente, en una sepultura (individuo 9) solo se verifica la presencia de unos pocos fragmentos cerámicos grandes, presentes en forma aislada sobre o al costado de los camélidos.

Cabe destacar que, tanto la urna rojo engobada como el jarro zapato, son tipos de vasijas características del universo alfarero diaguita. Por su parte, los trozos de contenedores y fragmentos cerámicos también muestran tratamientos de superficie (alisados), cocción (oxidante parcial a total) y pastas (granulosas, con abundante antiplástico y de tamaños variables) que, al menos macroscópicamente, son comparables con los diaguitas.

En estas 10 sepulturas con elementos cerámicos, también se registraron objetos tales como: puntas de proyectil pedunculadas y con aletas; torteras de hueso bitrapezoidales; una espátula y un tubo inhalador de hueso; anzuelos y pinzas a base de cobre; cuentas discoidales de piedras verdes y blanquecinas; guijarros aislados aparentemente sin modificaciones; así como elementos faunísticos atípicos (conjuntos de colas de pescado, manos y pies de mustélidos, y una mandíbula de cánido).

En las otras nueve sepulturas, que no presentaron elementos cerámicos, se observaron objetos similares a los enumerados arriba, contándose también espátulas de hueso; una pinza y un hacha

¹² Dentro de este grupo se ha incluido el entierro del individuo 190 y camélido 48, aunque su inclusión debe ser tomada con reservas. Este contexto se encuentra alterado aproximadamente en un 50% por lo que es posible que eventuales ofrendas artefactuales se hubiesen desplazado.

(fracturada en dos partes) a base de cobre; puntas de proyectil pedunculadas y con aletas; una mano de moler fracturada; guijarros aislados; y valvas de moluscos sin modificaciones (elementos registrados en los entierros de los individuos 69, 132, 137, 155, 164, 196 y 209).

Dos de los nueve entierros sin elementos cerámicos destacan por la excepcionalidad de los elementos hallados en ellos. Uno es el entierro de una mujer adolescente (individuo 4) acompañada de un camélido. La joven presentó dos aros a base de oro en el lado izquierdo, así como un aro del mismo material en el lado derecho, todos del tipo con arco y cuerpo laminar con muescas (posiblemente zoomorfos) (Figura 3). El del lado derecho tenía además en su arco una cuenta circular a base de cobre, muy oxidada y fracturada. El segundo entierro es el del individuo 166, perteneciente a un hombre adulto joven (19-35 años), acompañado de dos camélidos, uno de ellos preñado, y el otro con una punta de proyectil (pedunculada y con aletas) asociada a una vértebra torácica. Rodeando el cuello de la persona se halló un objeto laminar de oro, que podría tratarse de una especie de collar, o bien de un adorno que pudo formar parte de una prenda de vestir no conservada en el registro (Figura 4). Sobre el cuerpo de la persona, y siguiendo su mismo eje longitudinal, se descubrió un posible instrumento musical aerófono, de unos 65 cm de largo, compuesto por una serie alineada de seis tubos de hueso (Figura 5). Completa el contexto un pequeño guijarro ovoidal mediano, con una fina incisión anular en torno a uno de sus extremos, hallado cerca del instrumento de hueso.



Figura 3. Aros de oro in situ asociados a mujer adolescente (individuo 4): a) y b) aros del lado izquierdo; c) aro del lado derecho.



Figura 4. Objeto laminar de oro encontrado en torno al cuello de adulto joven (individuo 166).



Figura 5. Sepultura del individuo 166 e instrumento musical aerófono hallado sobre su espalda.

a.3) Con cerámica tipo Ánimas III (n=1).

Si bien se detectaron otras dos sepulturas con alfarería tipo Ánimas III, ésta es la única en que la persona está acompañada de un camélido, en ausencia de otros tipos cerámicos decorados descritos en la literatura. El entierro, con una orientación general este-oeste, pertenece a un subadulto de aproximadamente 6 años y sexo no determinado (individuo 39), que yace decúbito lateral izquierdo con las piernas flectadas, y que está acompañado por un camélido dispuesto hacia ventral de la persona, como enfrentándola. Inmediatamente por detrás del cuello del camélido fue dispuesto, boca abajo, una vasija no restringida subesférica tipo Ánimas III (con oquedad basal cóncava).

Cabe destacar que esta sepultura y la del individuo 38 (mencionada en el punto a.1), perteneciente a otro subadulto de similar edad y también acompañado de un camélido, conforman una auténtica composición escénica funeraria. En este conjunto, las sepulturas están prácticamente unidas en un eje este-oeste y la posición de los dos camélidos, con su lateralidad invertida, configuran una simetría de tipo central (rotación en 180°) que dota la escenificación de una llamativa armonía estética espacial.

a.4) Con cerámica tipo Ánimas IV (n=4).

Son entierros individuales que se orientan de éste a oeste, pertenecientes a adultos femeninos y masculinos, que yacen decúbito lateral (izquierdo o derecho), con los miembros inferiores hiperflectados o flectados. En tres de los entierros las personas son acompañadas de un camélido. En dos de estos casos el animal ha sido dispuesto hacia ventral del humano, como enfrentándolo (individuos 127 y 214), mientras que en el tercero, el animal figura por detrás de la persona y ambos cuerpos están recostados en la misma dirección (individuo 40). En el cuarto entierro (individuo 218) la persona está acompañada de dos camélidos, uno hacia ventral y el otro hacia dorsal del humano, con los animales enfrentados entre sí.

En todos los entierros las vasijas Ánimas IV se hallaron fragmentadas *in situ* aunque completas en los casos de los individuos 127, 208 y 214 (Figura 6). En estas sepulturas las vasijas Ánimas IV se encontraron asociadas directamente con los camélidos, por debajo de sus cráneos o mandíbulas (ind. 208 y 214) o por detrás de la región torácica (ind. 127). En el caso del entierro del individuo 40, en cambio, sólo se halló aproximadamente un 20% de la vasija (también fragmentada), dispuesta unos 15 cm por sobre el abdomen del humano. Esto es similar a lo observado en el entierro del individuo 208, en que se registró el segmento de un gran contendor alisado (fracturado *in situ*) sobre partes del camélido y el humano, tal como fuera señalado para varias de las sepulturas incluidas en el punto a.2.

Formando parte de los contextos de los cuatro entierros que abordamos aquí se hallaron elementos tales como: dos posibles jarros zapatos (fracturados *in situ*) y una tortera de hueso elíptica (ind. 127); una espátula de hueso, el extremo funcional de una cuchara grande, y un lito tabular verdoso (ind. 208). Asociado al individuo 40, en tanto, se halló un interesante conjunto de artefactos líticos que incluía 14 puntas de proyectil pedunculadas y con aletas, entre otros artefactos. En este entierro además se recuperaron instrumentos de hueso en mal estado de conservación, que incluían dos espátulas de hueso, dos fragmentos de espátula del mismo material, al menos un tubo de hueso de ave, y un objeto tabular de hueso de cetáceo (¿tableta?).

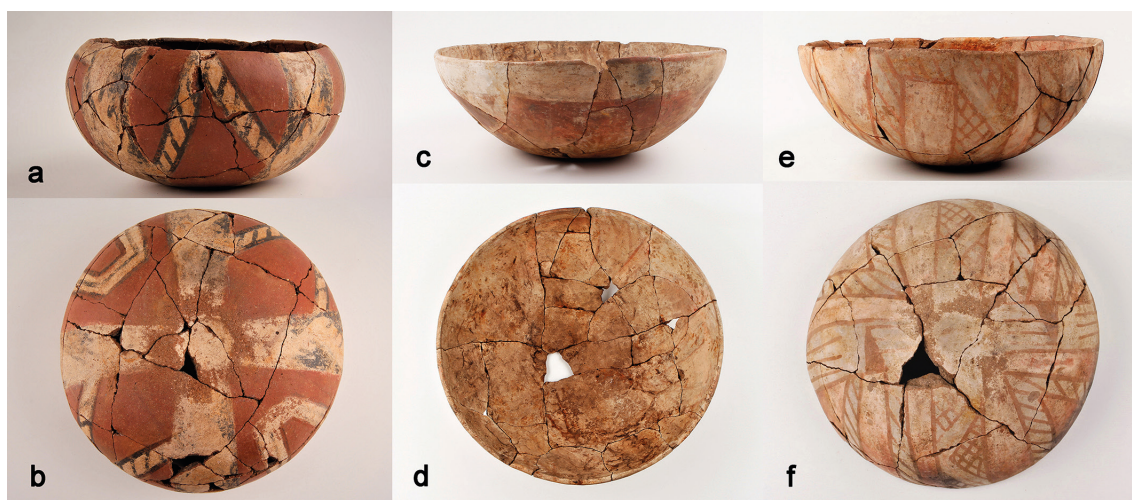


Figura 6. Vasijas tipo Ánimas IV encontradas en las sepulturas de los individuos: 127 (a y b, lateral e inferior); 208 (c y d, lateral y superior); y 214 (e y f, lateral e inferior). Todas con distintos grados de alteración que han afectado la conservación de pinturas y diseños.

a.5) Con cerámica estilo *Diaguita Transición* ($n=1$).

Sólo se reconoció un caso (individuo 161), correspondiente a una mujer adulta (36-50 años) que yacía decúbito lateral derecho, con los miembros inferiores hiperflexados, y una orientación general este-oeste. Estaba acompañada de dos camélidos, uno hacia dorsal (camélido 32), que compartía la misma posición que la mujer, y el otro hacia ventral (camélido 30), recostado y enfrentando al anterior, al punto que sus cabezas se tocaban.



Figura 7. Vasija estilo *Diaguita Transición* (vistas lateral e inferior-lateral) encontrada en sepultura de mujer adulta (individuo 161). Presenta alteración parcial de pinturas.

Al igual que otros entierros con camélidos, en este se descubrió un segmento de gran contenedor cerámico alisado (parte del cuerpo con un asa), quebrado en varios fragmentos, ubicado unos 15 cm por sobre el esqueleto humano, en el centro de la sepultura. En el espacio entre cráneo, cuello y extremidades superiores del camélido 32, se halló fracturada una vasija no restringida subsférica (con oquedad basal cóncava), estilo Diaguita Transición. Su decoración consiste en una banda exterior continua blanca, sobre la cual se ha pintado un patrón de grecas escalonadas en rotación, mientras que el interior es rojo engobado (Figura 7). Adicionalmente, se recuperaron dos guijarros pequeños, aparentemente sin modificaciones, uno por detrás de las vértebras lumbares del camélido 32, y el otro, cerca de los dedos de las extremidades inferiores del camélido 30.

a. 6) Con cerámica tipo Ánimas II y estilo Diaguita Transición (n=1).

Se reconoció un caso (individuo 134), perteneciente a un hombre adulto (36-50 años) que yacía decúbito lateral derecho, con los miembros inferiores hiperflexados, y una orientación general este-oeste, acompañado de un camélido recostado hacia ventral del humano y enfrentándolo. Como en otras sepulturas mencionadas, unos 15 cm por sobre los restos esqueléticos y ocupando el área central del entierro, se descubrió el segmento de un gran contenedor (alisado), fracturado en múltiples partes.



Figura 8. Vasija estilo Diaguita Transición (a y b, lateral e inferior) y tipo Ánimas II (c y d, lateral e inferior) encontradas en sepultura de hombre adulto (individuo 134).

Entre la mandíbula y las extremidades superiores del camélido se registraron dos vasijas cerámicas no restringidas y decoradas, ambas boca abajo, y una encima de la otra (Figura 8). La primera, es una vasija subsférica (con oquedad basal cóncava) estilo Diaguita Transición, que se encontró fracturada *in situ*. Su decoración consiste en una banda exterior, sobre la cual se ha pintado (negro

y rojo sobre blanco) una variante del patrón zigzag P (González 2013), mientras que el interior es rojo engobado. Bajo esta pieza, se halló otra vasija subesférica (con oquedad basal cóncava), pero esta vez con mínimas fracturas. La superficie externa presenta 4 campos triangulares dispuestos en forma cuatripartita, siendo dos blancos y los otros dos rojos. Sobre uno de los campos rojos se distingue débilmente un reticulado oblicuo negro, lo cual hace suponer que los otros tres campos, hoy bastante erosionados, también debieron estar decorados. La superficie interna, en su mitad superior es negra, traspasándose parte del negro por los bordes exteriores de la pieza, en tanto que la mitad inferior, exhibe el color de la pasta cerámica. Será necesario estudiar si esto podría deberse a un desgaste por uso, o a un tratamiento no bien logrado y diferencial de la superficie interna por reducción¹³. En cualquier caso, tanto el tipo de decoración externa, como el color negro interior, son característicos del tipo cerámico Ánimas II. No obstante, al menos macroscópicamente, la pasta de esta pieza es similar a la de la cerámica diaguita, distinguiéndose claramente abundantes antiplásticos graníticos de distintos tamaños, que le dan un aspecto granuloso y poco compacto.

a.7) Con cerámica tipo Ánimas III y Ánimas IV (n=1).

Corresponde al caso del individuo 199, un subadulto (4 años aprox.) que yacía decúbito lateral izquierdo con los miembros inferiores hiperflexados, y una orientación general este-oeste. Estaba acompañado de un camélido recostado hacia ventral del humano, como enfrentándolo, aunque con el cuello rodeando al individuo de modo que su cráneo figuraba casi por detrás del subadulto.

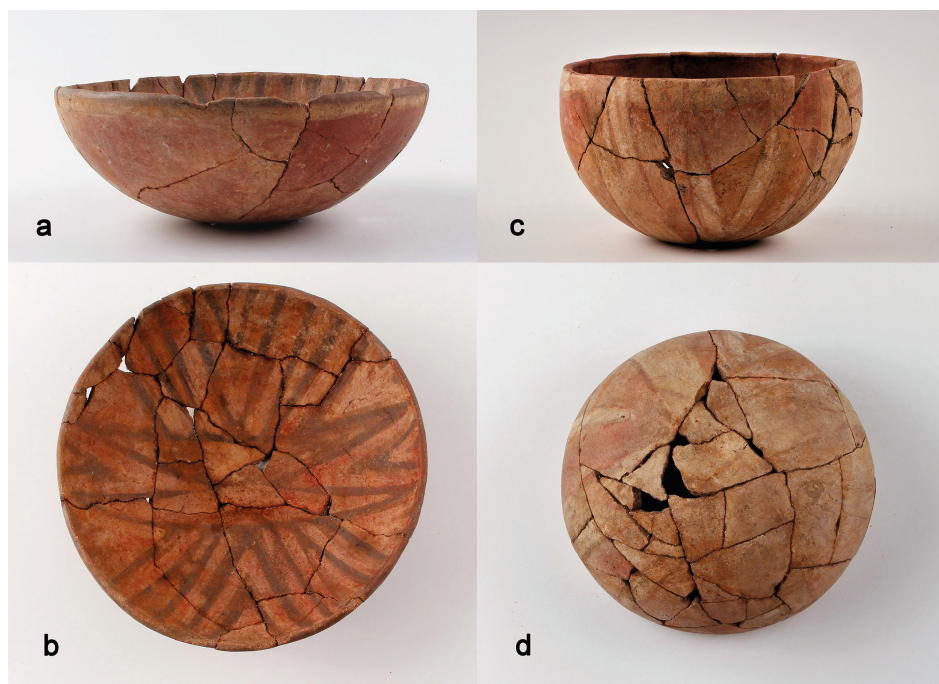


Figura 9. Vasija tipo Ánimas III (a y b, lateral y superior) y Ánimas IV (c y d, lateral e inferior) encontradas en sepultura de subadulto (individuo 199). Presentan alteración parcial de pinturas.

¹³ La sección del cuerpo de la pieza muestra una pasta color negra, desde la superficie interna hacia el centro, dando paso a tonos grises y marrón rojizos desde el centro hacia la superficie externa. Esto apoya la idea de la creación de una atmosfera reductora para conseguir el color negro de la superficie interior, método que fuera planteado por Montané (1969).

Por detrás de la espalda del subadulto y frente al hocico del camélido se registró un jarro zapato fracturado *in situ*. Directamente sobre las extremidades delanteras y junto al cuello del camélido se halló un pequeño jarro zapato con pequeñas fracturas, mientras que por debajo del cuello y del hombro derecho del camélido se hallaron dos piezas cerámicas fracturadas *in situ*: una vasija no restringida subsférica tipo Ánimas III (con oquedad basal cóncava) y otra ligeramente restringida, también de perfil subsférico, tipo Ánimas IV (con oquedad basal cóncava) (Figura 9).

Cabe mencionar que la sepultura del individuo 199 estaba al este, casi unida, pero en realidad ligeramente por encima de la periferia de la sepultura del individuo 209, ya mencionada en el punto a.2 (personas inhumadas con camélidos, pero sin elementos cerámicos)¹⁴. La estrecha proximidad entre ambas sepulturas y la ausencia de claros signos de alteración provocados por la inhumación del entierro del individuo 199 sobre la sepultura del individuo 209, apoyan la idea de que ambos eventos fueron practicados en forma simultánea, o bien, de que estuvieron separados por un lapso temporal inferior a la descomposición de los tejidos blandos del contexto del individuo 209.

a.8) Con cerámica decorada novedosa (n=2).

Se trata de entierros individuales orientados de este a oeste. Uno perteneciente a una mujer adulta, en posición decúbito lateral izquierdo con las piernas flectadas (individuo 182) y, el segundo, correspondiente a un subadulto (individuo 186), de 5 a 6 años, de sexo indeterminado, que yacía decúbito lateral derecho, también con las piernas flectadas. La mujer estaba acompañada de dos camélidos, uno hacia ventral y el otro hacia dorsal del humano, con los camélidos opuestos entre sí. El subadulto, en tanto, estaba asociado a un solo camélido recostado hacia ventral del humano, como si ambos se estuvieran mirando.

La sepultura de la mujer fue parcialmente alterada en tiempos prehispánicos más tardíos, producto de la construcción de la sepultura de cistas que albergó el cuerpo del individuo 138, así como por la inhumación de un entierro secundario (N°37). A pesar de las alteraciones, la disposición del esqueleto humano, los camélidos, y gran parte de sus principales elementos asociados conservaron sus posiciones originales. Es así como se observó que, entre la mandíbula y las extremidades superiores de uno de los camélidos, fueron depositadas dos vasijas cerámicas antropomorfas fracturadas (Figura 10). La primera, una taza con aplicaciones faciales y brazos antropomorfos, pintada con diseños que muestran variantes de diseños diaguita (greas laberínticas y bandas con líneas paralelas oblicuas) y otros más atípicos (reticulado oblicuo con punto central). La segunda vasija es un jarro de perfil compuesto, con cuerpo y cuello globulares, presentando la base una oquedad basal (cóncava). El cuello muestra aplicaciones faciales antropomorfas y decoración pintada, distinguiéndose en su parte posterior una tosca versión del patrón ondas A1 (González 2013). En ambas piezas destaca el trazo ancho de los diseños, así como el tinte y textura de sus pinturas roja, blanca y negra. Sobre el esternón del mismo camélido se descubrió una tortera de calcedonia verde con forma de cruz de malta, mientras que entre la región torácica de la mujer y el esternón del camélido se registraron otras cuatro torteras de hueso, una de ellas a partir de una falange de camélido. En el relleno de la fosa, posiblemente como elementos alterados del contexto original, se registró una serie de elementos que incluyeron: un aro de oro con apéndice zoomorfo, que presentaba en su arco una cuenta de piedra color verde azulado; el

¹⁴ El jarro zapato fracturado encontrado por detrás del individuo 199, yacía directamente sobre las extremidades delanteras del camélido 54, asociado al individuo 209. Al mismo tiempo, el cuarto trasero del camélido 54 (orientado de norte a sur) yacía por debajo del cuarto trasero del camélido 51 que acompaña al individuo 199.

extremo funcional y otro medial de una espátula fracturada; así como fragmentos decorados tipo Ánimas III, Ánimas IV y otros de posible estilo Transición.



Figura 10. Taza antropomorfa (a y b) y jarro antropomorfo (c y d) encontrados en sepultura de mujer adulta (individuo 182). Nótese el diseño patrón ondas A en la cara posterior del cuello del jarro (d). Presentan alteración parcial de pinturas.

Por su parte, en la sepultura del subadulto se registró una vasija fracturada de características antrozoomorfas (Figura 11), dispuesta en el espacio que media entre la tibia izquierda del humano y las extremidades traseras del camélido. Se trata de una vasija blanco engobada, restringida, con cuello modelado y aplicaciones faciales antropomorfas, de cuerpo elipsoidal y cuatro mamelones a manera de pies, más un quinto a modo de cola corta¹⁵. Adicionalmente, a la altura del cuello del subadulto, se recuperó una cuenta subcuadrangular (1 cm aproximadamente) de roca color turquesa. Cabe consignar que en el espacio existente entre el cráneo del camélido y el del humano se registró un bloque de piedra de unos 25 cm de largo.

¹⁵ Una pieza muy parecida a esta, pero rojo engobada, se conserva en el Museo Arqueológico de La Serena (N° 9221). Fue hallada en 1963, en la sepultura 10 del sitio Potrero Largo de Punta de Piedra (curso inferior del río Elqui). Una segunda pieza del mismo tipo, rojo engobada pero con el modelado facial pintado, se conserva en el Museum of the American Indian de Nueva York (N° 17/5154). Fue hallada en un entierro secundario (sepultura 70) del sector excavado en El Olivar por Samuel K. Lothrop (Slusser 1950).



Figura 11. Vasija antro-po-zoomorfa encontrada en sepultura de subadulto (individuo 186).
Presenta al menos engobe blanco.

B) Personas sepultadas sin camélidos

b.1) Sin elementos artefactuales asociados (n=20).

Se incluyen dentro de esta modalidad de entierros individuales, personas masculinas y femeninas, contándose adultos y subadultos, siendo estos últimos mayoritarios (9 perinatos, 3 lactantes, 2 niños, y 2 adolescentes). En tres de los cuatro adultos se verificó la orientación este-oeste de los esqueletos (individuos N° 45, 93 y 165), mientras que el cuarto (individuo N° 173) mostró una orientación norte-sur. En los subadultos también fue predominante la orientación este-oeste, registrada en siete casos (individuos N° 46, 142, 174, 184, 202, 204 y 210). Otros cinco presentaron orientación norte-sur (individuos N° 66, 88, 95, 109, 172), dos se orientaron de sur a norte (N° 67 y 103), y en dos casos no fue posible precisar la orientación por problemas de conservación (individuos 162 y 170).

En cuanto a la posición de los esqueletos, todos los adultos se hallaron decúbito lateral (izquierdo o derecho), con los miembros inferiores flectados o hiperflectados. La misma posición se observó en seis subadultos (individuos N° 66, 67, 184, 202, 204, 210), aunque entre estos también se registraron esqueletos decúbito dorsal, con las extremidades inferiores extendidas (individuos N° 95, 103, 109, 172) o flectadas (individuos N° 46 y 174); uno decúbito ventral con las piernas hiperflectadas (individuo N° 142); además de tres casos en que no fue posible precisar con certeza la posición (individuos N° 88, 162, y 170).

Aunque no se registran elementos artefactuales como parte de estos contextos es muy posible que hayan existido objetos que no lograron preservarse por factores de conservación (p.e. textiles, madera, cestería).

b.2) Con artefactos asociados, pero sin presencia de cerámica diagnóstica (n=23).

Integran esta modalidad de entierros individuales, personas masculinas y femeninas, tanto adultas (n=8) como subadultas (n=14, incluidos un adolescente, tres niños, cinco lactantes y cinco perinatos). En estas sepulturas predomina la orientación este-oeste, registrada en 16 casos que abarcan todos los rangos de edad y género. En el resto de los casos se observaron en muy escasa frecuencia orientaciones norte-sur (n=1), sur-norte (n=2) y noreste-suroeste (n=3). También resulta bastante uniforme la posición de los cuerpos, prevaleciendo aquellos decúbito lateral (izquierdo o derecho), con las piernas flectadas o hiperflectadas (n=19), abarcando todos los rangos de edad y género. En una mínima proporción (n=2) se registran subadultos (un niño y un perinato) en posición decúbito dorsal extendido, con las piernas flectadas hacia la derecha, contándose además dos casos (también de subadultos) en que no fue posible precisar la posición del esqueleto por factores de conservación.

En cuanto a los elementos cerámicos presentes en estas sepulturas, sólo en cinco de ellas se observaron vasijas cerámicas completas, y todas pertenecían a subadultos. Corresponden a dos jarros zapatos (individuos 126 y 158); un posible jarro zapato (fracturado, individuo 47); una taza rojo engobada con asa (individuo 15); y una urna roja engobada (individuo 33). Esta última, muy similar a la recuperada junto al camélido de la sepultura del individuo 53 (punto a.2). En una sexta sepultura, también de subadulto (individuo 37), se recuperó fragmentos de una vasija restringida incompleta, cuya forma no ha sido inferida. Por otra parte, tal como en otras modalidades de entierro revisadas anteriormente (puntos a.2, a.4, a.5, a.6) también se observó en cuatro entierros la disposición de un gran trozo de contenedor tipo urna (alisada), fracturado *in situ*, pocos centímetros por encima del cuerpo de un adulto, un niño, un lactante y un perinato (individuos 41, 212, 78 y 211, respectivamente). Finalmente, en solo uno de los entierros, perteneciente a un lactante (individuo 44), se verificó la presencia de un fragmento cerámico (monocromo) como único elemento asociado (cerca de su cráneo).



Figura 12. Taza rojo engobada encontrada en sepultura de subadulto (individuo 15).

Casi todas las vasijas completas, así como los grandes trozos de contenedores hallados en ellas, se adscriben a la ergología cerámica diaguita. Algo más atípica es la taza roja engobada (Figura 12), cuya forma guarda un lejano parecido con otras observadas en sepulturas del complejo cultural El Molle (Cornely 1956). Sin embargo, las proporciones, posición del asa, y factura general (grosor de paredes, tipo de asa, y tratamiento de superficie) del ejemplar recuperado en El Olivar son definitivamente diferentes.

Entre estas 11 sepulturas con presencia de elementos cerámicos se recuperaron también cuentas discoidales de rocas verdes (individuo 15; alineadas en lo que pudo ser la cabellera o un adorno cefálico); valvas de moluscos, aparentemente sin modificaciones (individuos 37, 158, y 212); así como un guijarro pequeño (individuo 212) y otro grande (individuo 37), sin modificaciones evidentes. Mención aparte merece un conjunto de artefactos líticos asociados a un hombre adulto (individuo 41), que incluía un lito discoidal, 7 puntas de proyectil pedunculadas con aletas, y otros artefactos líticos. Por su parte, en las 12 sepulturas restantes sin elementos cerámicos, se recuperaron elementos similares a los ya mencionados, como puntas de proyectil pedunculadas y con aletas; guijarros aparentemente sin modificaciones; valvas de moluscos; y cuentas discoidales de concha, rocas verdosas, e incluso dos de metal a base de cobre (elementos registrados en los entierros de los individuos 12, 60, 75, 179, 181, 187, 192, 194, 198).

Destacan la sepultura de un masculino adulto (individuo 191) que presentó elementos ligados al consumo de psicotrópicos (valva de molusco trabajada, espátula y tubo de hueso) y un diente de tiburón; la de una mujer adulta (individuo N° 94) que presentó objetos similares (tubos y espátulas de hueso), además de un posible instrumento textil de hueso con extremos aguzados, un posible aro y un anzuelo fracturado a base de cobre; así como la de un adolescente masculino (individuo N° 84) que presentó un instrumento musical aerófono, construido con series de tubos de hueso que parecen haber ido atados como una antara.

b.3) Con cerámica tipo Ánimas III (n=1).

Sólo se verificó un entierro individual, correspondiente a un hombre adulto (36-50 años) que yacía decúbito lateral derecho, con las piernas flectadas, y una orientación este-oeste (individuo 32). Su cráneo estaba cubierto por un gran fragmento cerámico monocromo perteneciente a un gran contenedor. Cerca del cráneo se hallaron dos vasijas cerámicas fracturadas, y un gran fragmento monocromo que cubría los fragmentos de una de ellas. La primera, era una vasija no restringida y subesférica (con oquedad basal cóncava) del tipo Ánimas III. La segunda (cubierta por el fragmento monocromo) era un jarro monocromo simétrico con asa (sensu Guajardo 2008), con superficie alisada y huellas de exposición a fuego. Esta última pieza es similar a aquellas que Castillo e investigadores (1985) describieran como ollas, encontradas en algunas tumbas del sitio Plaza de Coquimbo. Junto a la mano izquierda del individuo se registró tres espátulas de hueso y el extremo distal de una cuarta; dos tubos de hueso de ave; seis cuentas discoidales de roca verde (3 enteras, 3 fragmentadas); y dos pequeñas láminas de roca, también verdosas.

b.4) Con cerámica tipo Ánimas IV (n=2).

Se incluyen dentro de esta categoría dos entierros individuales. El primero perteneciente a un subadulto (aproximadamente 4 años) de sexo indeterminado, que yacía decúbito lateral derecho

con las piernas flectadas, y una orientación este-oeste (individuo 175). El segundo, en tanto, corresponde a una mujer adulta joven (19-35 años, individuo 183) que presentaba la misma posición y orientación que el subadulto. Cada uno de los individuos presentó una vasija no restringida, de perfil subesférico, del tipo Ánimas IV. La del subadulto se halló por detrás de su zona pélvica, fracturada y con faltantes en la región basal. La pieza de la mujer, en tanto, se ubicó por detrás de su cráneo, boca arriba y fracturada *in situ*, siendo posible verificar la oquedad basal característica de este tipo de vasijas diaguitas tempranas.

b.5) Con cerámica decorada novedosa (n=1).

Esta categoría está representada por un solo entierro individual, correspondiente a una mujer adulta media (de 36 a 50 años), en posición decúbito lateral izquierdo, con las piernas hiperflectadas, y orientada de este-oeste (individuo 58). Asociadas a ella se hallaron un jarro sin asa, de cuerpo ovoidal (con oquedad basal cóncava), cuello evertido, y decoración pintada, además de dos pequeños guijarros de piedra sin modificaciones evidentes. La vasija es muy interesante, pues su forma tiene cierto parecido con otras piezas diaguitas¹⁶, pero sus diseños y el color rojo anaranjado de engobes y pinturas se alejan de lo conocido para la ergología cerámica del CCLA y de la cultura Diaguita (Figura 13). Podría tratarse de un tipo cerámico foráneo (no identificado con los conocidos por nosotros en la literatura) que señalara contactos culturales a larga distancia, o bien la creación local de una persona poco familiarizada con los patrones cerámicos de la población del sitio. Sus unidades mínimas de diseño se distribuyen en cinco bandas verticales y consisten en motivos triangulares terminados en grecas simples. Pese a la tosca ejecución del diseño, la morfología de sus unidades mínimas es semejante a las que se utilizarán posteriormente en patrones decorativos simétricamente más complejos de la cultura diaguita, como por ejemplo, en el patrón cadenas B (González 2013).



Figura 13. Jarro globular de cuello evertido encontrado en sepultura de mujer adulta (individuo 58).

A modo de síntesis y centrándonos en la alfarería de los contextos, podríamos resumir la variabilidad funeraria descrita hasta aquí, de la siguiente manera:

¹⁶ La pieza guarda alguna similitud formal con otras conservadas en el Museo Arqueológico de La Serena, como las halladas en: la Sociedad Agrícola del Norte, en el centro de La Serena (N° 7930, pulida); El Olivar (N° 127, rojo engobada); El Olivar, sector Brillamar (s/n de inventario, pintada blanco y negro ferroso sobre rojo); y Peñuelas 21 (N° 73.17, pintada erosionada).

Sepulturas (n=72) de personas que, acompañadas o no de camélidos (uno o dos animales), no incluyen en sus contextos vasijas o trozos cerámicos de carácter diagnóstico. Es decir, se trata de casos en que las sepulturas no presentan elementos cerámicos (n=52) y, si los presentan (n=20), se trata de vasijas o trozos de ellas que, actualmente, no tienen una condición diagnóstica en términos cronológico-culturales. Entre estas últimas se cuentan comúnmente jarros zapato y segmentos de grandes contenedores tipo urnas (entierros incluidos en las categorías a.1, a.2, b.1, b.2).

Sepulturas (n=9) de personas que, acompañadas o no de camélidos (uno o dos animales), incluyen tipos cerámicos diagnósticos Ánimas III (n=2), Ánimas IV (n=6), y Diaguita Transición (n=1), pero nunca se mezclan entre ellos dentro de un mismo contexto (entierros incluidos en las categorías a.3, a.4, a.5, b.3, b.4).

Sepulturas (n=3) de personas que, acompañadas o no de camélidos (uno o dos animales), incluyen tipos cerámicos novedosos (entierros incluidos en la categorías a.8 y b.5).

Sepulturas (n=2) de personas que, acompañadas de camélidos (uno o dos animales), incluyen tipos cerámicos diagnósticos tradicionalmente aceptados como no contemporáneos, pero que en el sitio han sido hallados en un mismo contexto funerario. Tal situación se ha documentado en una sepultura que presentó una vasija tipo Ánimas II y otra estilo Diaguita Transición, así como en un segundo entierro que ofreció una vasija tipo Ánimas III con otra tipo Ánimas IV (entierros incluidos en la categorías a.6 y a.7).

De la constatación de estas asociaciones funerarias, nos surgen distintas observaciones que pasamos a exponer y discutir.

Discusión

La caracterización de los entierros expuesta en la sección anterior, permite advertir una evidente uniformidad en los modos de sepultación que definen al conjunto de inhumaciones más antiguas del área excavada. Las posiciones de los cuerpos humanos, así como las de los camélidos cuando están presentes (en número de uno o dos), son bastante constantes (decúbito lateral izquierdo o derecho, con las piernas flectadas o hiperflectadas), predominando las orientaciones este-oeste. Independientemente de los tipos de cerámica decorada presente en los entierros, existen elementos que también se reiteran, como la ubicación de grandes segmentos de contenedores fracturados sobre partes o regiones de los humanos, o sobre estos y los de camélidos, cuando acompañan a los primeros. Esta característica también se observó en entierros con camélidos descubiertos en la Plaza de La Serena (Larach com. pers. 2012) y, hasta cierto punto, es similar al registro de esqueletos cubiertos con fragmentos cerámicos monocromos, documentado en Punta de Piedra (Ampuero 1972-1973). A lo anterior se suma la presencia de otros elementos comunes a las sepulturas, como son las puntas de proyectil pedunculadas y con aletas, representativas de un estilo tecnológico emblemático en la población enterrada, que perdura hasta las tumbas de tiempos incaicos. Parecido es lo que sucede con instrumentos de hueso, particularmente torteras, espátulas, y tubos vinculados al consumo de psicotrópicos; pinzas de metal a base de cobre; y guijarros líticos pequeños a medianos, aparentemente sin modificaciones, todos elementos que se hallan entre los más representados en las distintas categorías de sepulturas descritas en la sección anterior.

Un hecho que salta a la vista, es que las vasijas cerámicas no constituyen una categoría artefactual frecuentemente incluida en este conjunto de sepulturas. En total, se recuperaron 28 vasijas distribuidas en 22 de los 86 entierros (26 %). Aquellas monocromas—tres jarros zapatos, dos posibles jarros zapatos, un jarro simétrico con asa, dos urnas y una taza rojo engobada—, por sus tratamientos de superficie, cocción, pasta, y morfología, se identifican claramente con la tradición alfarera diaguita.

Cabe destacar que en ninguna de las sepulturas del sitio se halló vasijas del tipo Ánimas I, reafirmando la idea de que es una cerámica casi ausente en las sepulturas del Elqui. No mucho más numerosos son sus fragmentos en contextos domésticos del valle (Cantarutti 2018), estando presente en conchales del sitio El Olivar, que aguardan estudios más detallados. Por ahora, mantenemos las hipótesis de que podría corresponder a un tipo cerámico foráneo procedente del vecino valle del Huasco, o a un tipo muy excepcionalmente producido en el Elqui, pero que responde a una tradición tecnológica alfarera (por pasta, cocción, formas, y decoración) distinta a la diaguita.

En virtud de la importancia otorgada a la ocurrencia o ausencia de determinados tipos cerámicos como marcadores culturales y temporales en el desarrollo de la cultura Diaguita en el Elqui, un tema que resulta fundamental analizar a la luz de los contextos funerarios del sitio, es la mayor antigüedad tradicionalmente planteada para los tipos Ánimas II y III (ambos atribuidos al CCLA), con respecto al tipo Ánimas IV y categorías específicas de platos o escudillas identificadas con el estilo Diaguita Transición (asociados a la fase Diaguita I), que esperamos caracterizar en futuros trabajos.

Si bien existen unas pocas sepulturas con camélidos que presentan, separadamente, alfarería Ánimas IV (n=4) y Diaguita Transición (n=1), sin presencia en ellas de los tipos Ánimas II y III, también existen otras dos tumbas (también con camélidos) en las que se ha registrado, por una parte, asociación entre los tipos Ánimas III y IV (individuo 199), y por otra, del tipo Ánimas II con un tipo específico de plato estilo Diaguita Transición (individuo 134). Lo observado en estas dos últimas sepulturas permite plantear dos interpretaciones que actualmente no podemos descartar. La primera, es que efectivamente fueran vasijas cuyo uso habitual era sincrónico, lo que llevó a que fueran dispuestas como parte de un mismo evento de inhumación, es decir, dentro de las respectivas sepulturas donde fueron halladas. De ser correcta esta inferencia, entonces el carácter más temprano de los tipos Ánimas II y III con respecto al tipo Ánimas IV y otro del estilo Diaguita Transición no sería sostenible, lo que a su vez, tendría otras consecuencias. Una de ellas, es que quedaría en entredicho el que los dos primeros tipos cerámicos fueran representativos de una entidad cultural (el CCLA) anterior a la cultura Diaguita. Cuando mucho, la contemporaneidad de las manifestaciones cerámicas referidas nos podría situar ante dos escenarios: el de entidades culturales distintas, el CCLA y la cultura Diaguita, cohabitando en un mismo sitio e incorporando una de ellas elementos de la otra en sus sepulturas; o bien, que los tipos de vasijas comentadas fueran parte de una misma entidad cultural.

La segunda posibilidad interpretativa respecto a las dos sepulturas mencionadas arriba, es que tanto la vasija Ánimas II, como la Ánimas III, correspondieran a objetos antiguos o “reliquias” atesoradas por generaciones posteriores, que finalmente las dispusieron junto a vasijas más modernas (estilo Transición y tipo Ánimas IV, respectivamente) en los contextos funerarios. A partir de esta interpretación, podría presumirse una relativa cercanía temporal y una estrecha vinculación social (si no familiar) entre la generación que habría producido las vasijas supuestamente más antiguas (Ánimas II y Ánimas III) y aquella que finalmente las dispuso en las sepulturas. Así lo sugeriría la continuidad en la ejecución del rito funerario, expresado en un patrón de sepultación compartido

(posición, orientación de las personas y compañía de camélidos); el uso recurrente (intergeneracional) del mismo espacio funerario en el tiempo; y la valoración que el grupo social encargado de la inhumación habría tenido de las vasijas hipotéticamente más antiguas.

Los resultados de fechados radiocarbónicos que esperamos obtener de sepulturas (con y sin camélidos) con presencia separada de los tipos cerámicos Ánimas III, Ánimas IV, estilo Diaguita Transición, y de tipos cerámicos que hemos calificado como novedosos, así como de aquellas dos sepulturas en que se han registrado las asociaciones entre tipos atribuidos al CCLA y la cultura Diaguita, deberían permitirnos evaluar la sincronía o diacronía entre los tipos a los que se les ha atribuido, hasta ahora, un carácter diagnóstico, para una y otra entidad cultural. Del mismo modo, éstas y otras muestras radiocarbónicas obtenidas de sepulturas (con y sin camélidos) sin presencia de elementos cerámicos de carácter diagnóstico, nos permitirán analizar si es que estas últimas podrían ser más tempranas que aquellas con elementos cerámicos diagnósticos, o bien, si ambas modalidades son contemporáneas.

La pregunta de fondo en relación a este punto es si las diferencias respecto a la ocurrencia o no de ciertos elementos materiales y de camélidos en las sepulturas, obedecerían a opciones culturales distintas y sincrónicas, o si por el contrario, podrían vincularse a prácticas que experimentarían transformaciones en el tiempo, siendo algunas más tempranas y otras más tardías. Consecuentemente, y mientras aguardamos los resultados de los fechados radiocarbónicos, pensamos que sería antojadizo atribuir automáticamente al CCLA todas las sepulturas de personas acompañadas de camélidos, pero que no incluyen elementos cerámicos, o que presentan vasijas cerámicas no diagnósticas de dicha entidad (29 casos en total). Más aún cuando en el mismo sitio, se presenta un número reducido de sepulturas con camélidos que incluyen: vasijas atribuibles al CCLA (1 caso con vasija tipo Ánimas III); vasijas atribuibles a la cultura Diaguita (4 casos con vasijas tipo Ánimas IV, más uno con vasija estilo Transición); asociaciones de vasijas atribuibles a ambas entidades culturales (dos casos); y tipos cerámicos no descritos con anterioridad, pero relacionables con la cultura Diaguita (dos casos). Podemos adelantar, sin embargo, que sospechamos que los fechados de las sepulturas que hemos descrito en ese trabajo, podrían ser contemporáneas con aquellas datadas en los sitios Plaza de Coquimbo y Plaza de La Serena, ubicándose aproximadamente entre los años 1000 y 1250 d.C.

En consideración de lo hasta aquí expuesto, pensamos que no es posible establecer dentro de las tumbas más tempranas del sitio, una separación taxativa entre sepulturas atribuibles al CCLA y a la fase Diaguita I. No al menos en los términos que usualmente se ha hecho hasta ahora, en base a la presencia o ausencia de tipos cerámicos a los que se les atribuye un carácter diagnóstico, o sobrevalorando el patrón de entierros de personas con camélidos, como típico e indicativo del CCLA. Por ahora, en virtud de la proximidad cronológica que sugieren las excavaciones en relación a los contextos más antiguos, con y sin elementos cerámicos diagnósticos, hemos optado por referirnos preliminarmente a este momento funerario inicial del sitio, como fase Diaguita Temprana o Diaguita Inicial¹⁷. Hemos conservado el nombre de Diaguita en esta denominación, en consideración de que no solo los atributos de la alfarería, sino que también de elementos líticos, de metal, óseos y malacológicos, se identifican con tradiciones tecnológicas identificadas mayoritariamente con dicha cultura.

17 En trabajos anteriores nos hemos referido a esta primera fase funeraria del sitio con el nombre de Protodiaguita (Cantarutti 2018; González y Cantarutti 2018), pero hemos preferido sustituir este concepto por el de Diaguita Temprano o Inicial.

Así como el área funeraria investigada demuestra una continuidad en el uso mortuario del espacio, con contextos que incluyen tipos cerámicos Ánimas hasta aquellos de la fase diaguita-inca, algo similar se advierte en áreas de conchales. Es decir, algunas áreas de desconche con desechos domésticos, se inician con ocupaciones que incluyen tipos cerámicos decorados Ánimas, que luego van dando paso a tipos decorados más tardíos, pero siempre acompañados de alfarería monocroma, e incluso decorados (con pintura diluida) pertenecientes a grandes contenedores, claramente identificados con la tradición alfarera diaguita. Del mismo modo, se observa en los conchales una identidad estilística-tecnológica (*sensu* Dietler y Heribich 1998) en el plano de las industrias lítica, ósea, y de metales, que refuerzan la idea de que las ocupaciones pueden ser atribuidas a una misma tradición cultural, que experimenta sutiles transformaciones en sus materialidades, siendo estas más evidentes en la decoración y formas cerámicas, antes que en su pastas. Estudios más profundos de estos depósitos de desechos y sus materiales, acompañados de dataciones absolutas, deberían ayudarnos a comprender no solo la historia ocupacional del sitio y la secuencia diaguita en el Elqui, sino que también la evolución en el tiempo de las distintas prácticas y características de su población.

Por otro lado, la evidencia aportada por las recientes excavaciones realizadas en el sitio El Olivar, demuestran que las sepulturas más tempranas del sitio presentan contextos cuya alfarería y elementos asociados, ofrecen importantes diferencias con respecto a las tumbas atribuidas al CCLA en los valles de Huasco y Copiapó. Destacan en esta línea, la ausencia del tipo Ánimas I en las sepulturas excavadas de El Olivar, y la ubicación cronológica aparentemente más tardía (seguramente entre el 1000 y 1250 d.C.) de los contextos con presencia de camélidos articulados. Esto último, descartaría la ubicación de estos contextos funerarios dentro del postulado período Medio del Elqui. Atendiendo este panorama, creemos que resulta de sumo interés plantear algunas hipótesis en torno a posibles orígenes y vínculos culturales de las comunidades que conforman este período Diaguita Temprano o Inicial del valle de Elqui.

Uno de los aspectos más singulares del momento Diaguita Temprano del Elqui es la producción de tipos cerámicos que, como el Ánimas III y Ánimas IV, presentan tricromías, formas y diseños geométricos, en los que destaca un acabado manejo de la simetría, contrastando con aquellos de los tipos Ánimas I y II, presentes en Huasco y Copiapó. En relación a los diseños, creemos importante resaltar que, de acuerdo a Washburn y Crowe (1988:15), la simetría es una propiedad culturalmente significativa, toda vez que la preferencia por tipos específicos de simetría es aprendida, lo que explicaría por qué ciertas simetrías predominan en el arte de una determinada cultura. Los autores señalan que la simetría es un esquema clasificatorio “que se focaliza en la estructura del diseño, un atributo que ha demostrado ser sensible a problemas relacionados con la identidad del grupo y con procesos de intercambio e interacción” (Washburn y Crowe 1988:41). A partir del estudio simétrico del universo representacional de la cerámica diaguita se han identificado 401 patrones simétricos diferentes, de origen preincaico e incaico. Estos estudios (González 2013, 2016) ha permitido establecer coincidencias en unidades mínimas y estructuras simétricas con al menos cinco familias de diseños que, según ha hipotetizado González, podrían tener su origen en la cultura Mojocoya, del oriente boliviano (0-900 d.C., Tapia 2011). Nos referimos a los patrones Cadenas C1, Cadenas B7, Escalonados en Reflexión Vertical, Laberinto A2, y Ondas A. El patrón Ondas, de hecho, tiene una arraigada y extensa representación durante todo el desarrollo cultural diaguita, incluso en tiempos de contacto con los Incas, con 49 variantes distribuidas entre los valles de Elqui, Limarí y Choapa.

Cabe mencionar que, en aspectos externos al arte visual, existe además coincidencia entre las culturas Diaguita Chilena y Mojocoya en el uso de campanas de metal realizadas a partir de

láminas plegadas (Brockington *et al.* 2005), consumo de polvos sicoactivos, empleo de instrumentos textiles en base a huesos de camélidos (vichuñas), deformación craneana, y manejo de la técnica de policromía en blanco, negro y rojo. Estos atributos, que también son comunes a otras culturas de los Andes meridionales, sumados a nuevos antecedentes aportados por la presente investigación, particularmente en lo referido al hallazgo y contextualización de un conjunto de vasijas cerámicas de rasgos inéditos para la cultura Diaguita, permiten sugerir como hipótesis un flujo de símbolos y prácticas culturales hasta la región de Coquimbo, que podrían tener su fuente de origen en tierras orientales bolivianas. En tal caso, las notorias distancias geográficas y temporales que separan a mojoboyas y diaguitas, deberían hacernos reflexionar en torno a posibles mecanismos de vinculación, cuya formulación excede los objetivos de este trabajo.

Es así como algunos de los entierros con camélidos articulados del sitio El Olivar, definidos como Diaguita iniciales, revelaron un conjunto de vasijas novedosas que aportan a la discusión planteada (Figuras 10, 11 y 13). Por ejemplo, el jarro policromo biglobular antropomorfo, presenta en el sector posterior de la “cabeza” una versión bastante tosca y gruesa del patrón Ondas A. En tanto, la taza antropomorfa policroma presenta el patrón laberinto en ambos sectores laterales al rostro y cuerpo. El jarro globular de cuello evertido, posee las unidades mínimas del patrón cadenas B (triángulo adosado a gancho rectangular), que también está presente en la iconografía mojoboya. Finalmente, la vasija antro-po-zoomorfa tétrapoda, tanto en su forma como en los diseños modelados e incisos del rostro (nariz, ojos, orejas), presenta similitudes con “piezas efigie” ilustradas por Brockington *et al.* (2005: 20). Es interesante destacar que, a medida que avanza en el tiempo la consolidación de la cultura Diaguita, estos motivos iniciales fueron gradualmente transformados y complejizados hasta alcanzar el virtuosismo estético y geométrico que caracteriza al estilo Diaguita Clásico y a la alfarería de la fase diaguita-inca. Sin duda, el patrón Ondas fue un referente a lo largo de todo el desarrollo diaguita, actuando como un “eje de coherencia formal” (sensu Gell 1998), esencial en la conformación de su identidad.

La naturaleza del posible aporte cultural desde tierras bolivianas requiere, sin duda, de una mayor investigación, que de luces sobre los procesos sociales y eslabones culturales intermedios involucrados, considerando la importante distancia temporal y espacial entre la cultura Mojoboya y la cultura Diaguita Chilena. A modo de hipótesis, podría explorarse la posibilidad de que la primera se comportara como una fuente original de conceptos y diseños que, con variantes, y mediante mecanismos por explicar, hubieran alcanzado después de siglos, una amplia dispersión geográfica por las tierras bajas orientales, pasando por tierras chaco-santiagueñas, hasta alcanzar la región de Coquimbo. Hacemos presente aquí, que estudios comparativos entre los Andes y las tierras bajas se encuentran en una franca expansión. En este sentido, Arnold (2016:21) señala al respecto que “se trata de sociedades que han estado en contacto durante milenios, en las cuales las personas y los objetos son actores en una historia entrelazada, y donde existe la posibilidad de que muchas influencias en estas prácticas hayan transitado en ambos sentidos”. Estudios genéticos de humanos y camélidos del sitio El Olivar, en actual desarrollo, podrían aportar evidencias biológicas para ahondar en la problemática aquí esbozada.

Atendido lo expuesto, hemos considerado de interés plantear esta incipiente reflexión sobre hipotéticos fundamentos culturales, hasta ahora no explorados, en la génesis cultural de los pueblos precolombinos del norte semiárido. Esto último, sin que desconozcamos, como lo han sugerido otros investigadores (Ampuero 2017; Castillo 1984, 1992; Niemeyer 1998), los influjos de conceptos y prácticas que los diaguitas podrían haber incorporado desde áreas septentrionales andinas

(circumtíticaca), mediatizadas por poblaciones de San Pedro de Atacama, Copiapó, y el propio Noroeste Argentino Valliserrano.

Conclusiones

Evidencias de contextos funerarios recientemente excavados en el sitio El Olivar, sumados a una discusión crítica sobre los criterios que han orientado la definición del CCLA en el valle del Elqui, permiten cuestionar la identificación de gran parte de las manifestaciones tradicionalmente atribuidas a ésta última en la región de Coquimbo, como propias de una entidad cultural distinta a la cultura Diaguita Chilena.

Hasta el momento, el principal argumento que se ha esgrimido para reconocer al CCLA en el Elqui, ha sido la presencia de los tipos cerámicos Ánimas I y II. Sin embargo, estos tipos cerámicos cuentan con una más amplia distribución y representación en los valles de Copiapó y Huasco. En el Elqui el tipo Ánimas I es muy escaso, pudiendo corresponder, por sus atributos tecnológicos, a una alfarería de producción foránea. El tipo Ánimas II de este valle, en tanto, muestra muchas veces características formales y tecnológicas distintas a las de valles más septentrionales, como si se tratara de una variante producida localmente (Cantarutti 2018).

En este sentido, pensamos que la presencia de los tipos Ánimas I y II en el valle de Elqui, atestigua la existencia de interacción social entre éste y valles más septentrionales, pero no define la existencia de una identidad cultural entre ambas. En otras palabras, desde sus inicios hasta su fase inca, la cultura Diaguita demuestra interacciones con poblaciones de más al norte, pero consolida una identidad cultural propia, reconocible en elecciones tecno-estilísticas presentes en su alfarería con decoración geométrica y monocroma, la industria lítica bifacial, instrumentos de metal y de hueso, entre otras manifestaciones.

En efecto, al mirar la evolución de la cerámica diaguita a través del tiempo, observamos la persistencia de determinados diseños de estructura compleja, que se registran desde la fase Diaguita Temprana, en versiones más simples (p.e. el patrón Ondas A). Estos patrones decorativos son retomados y perfeccionados, una y otra vez por el pueblo diaguita, en una suerte de secuencia continua que desafía el paso del tiempo. Esta insistente reproducción de un conjunto de diseños específicos manifiesta claramente una memoria que construye y reactualiza una identidad. En este sentido, proponemos que diseños como el patrón Ondas A, rastreable hasta la más temprana y lejana cultura Mojocoya, y que es representado ininterrumpidamente desde los orígenes hasta la fase incaica de la cultura diaguita, constituye un “eje de coherencia formal” (sensu Gell 1998). Estas formas particulares y diseños son usados por la gente como un medio para su propia reproducción.

En la misma línea, pensamos que los contextos funerarios descritos en este trabajo expresan una identidad cultural, que se evidencia en modos de sepultación y objetos materiales que definimos como propios de una fase temprana de la Cultura Diaguita Chilena. Son representativos de este momento, vasijas no restringidas descritas como tipo Ánimas II, III, IV, y otras de estilo Diaguita Transición, todas de perfiles subesféricos y oquedades cóncavas en la base; urnas, jarros zapatos, y grandes contenedores monocromos; puntas de proyectil pedunculadas y con aletas; pinzas y aros de metal; torteras bitrapezoidales, espátulas y tubos de hueso, por nombrar aquellos elementos más comunes que, con sutiles modificaciones en algunos casos, persistirán hasta tiempos incaicos, pero asociados a otros tipos cerámicos decorados.

En El Olivar, la continuidad de la tradición cultural diaguita se verifica, por una parte, en el uso reiterado del espacio funerario por distintas generaciones, así como en áreas de conchales circundantes, con registros de la misma secuencia cultural. La investigación de estas relaciones temporales deberá ser materia de futuros estudios. Por ahora, podemos decir que los entierros de la fase Diaguita Temprana de El Olivar son comparables con aquellos documentados en los sitios Plaza de Coquimbo, Plaza de La Serena y Guanaqueros por lo que, a la espera de fechados radiocarbónicos, esperaríamos que se ubicaran entre los años 1000 y 1250 d.C.

Referencias Citadas

- Ampuero, G. 1972-73. Nuevos resultados de la arqueología del Norte Chico. Boletín de Prehistoria, Número Especial. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp.310-337. Sociedad Chilena de Arqueología. Universidad de Chile, Santiago.
- Ampuero, G. 1977-1978. Notas para el estudio de la Cultura Diaguita Chilena. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, 16: 111-124.
- Ampuero, G. 1989. La Cultura Diaguita Chilena (1.200 a 1470 d.C.). En: *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 277-288. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Ampuero, G. 2017. *Los diaguitas en la perspectiva del siglo XXI*. Colección Rumbo Norte N°10. Ediciones Mediodía en Punto. Volantines Ediciones. Andros Impresores, La Serena.
- Ampuero, G. y J. Hidalgo. 1975. Estructura y proceso en la pre y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungara* 5: 87-125.
- Arnold, D. 2016. Artes bajo la influencia: pautas sobre los nexos entre las prácticas textiles de los Andes surcentrales y las artes gráficas de las tierras bajas. *Estudios Sociales del NOA* 17: 19-52.
- Biskupovic, M. y G. Ampuero. 1991. Excavación arqueológica en la parcela #24 de Peñuelas, Coquimbo, Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen III, pp. 41-48. Sociedad Chilena de Arqueología. Santiago.
- Brockington, D. D. Pereira y R. Sanzeteña. 2005. El sitio El Tambo y la tradición Mojocoya: Cambios, Tiempo y Espacio en el Sur-Este de Bolivia. En: *Mojocoya y Grey Ware: Interacción espacial e intercambio entre la Amazonía, Chaco y Andes*, editado por D. Pereira y D. Brockington, pp.3-59. Cuaderno de Investigación N°10. Serie Arqueología. Universidad Mayor de San Simón. Dirección de Investigación Científica y Tecnológica, Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico, Cochabamba.
- Bronk, R. 2009. Bayesian análisis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51(1): 337-360
- Cantarutti, G. 2018. La alfarería pintada en los albores de la cultura Diaguita chilena del valle del Limarí. *Colecciones Digitales*. Subdirección de Investigación. Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.museolimari.gob.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/88800:La-alfareria-pintada-en-los-albores-de-la-cultura-diaguita-chilena-del-valle-del-Limarí>. 5 octubre 2020
- Castillo, G. 1984. Un cementerio del complejo Las Ánimas en Coquimbo: ejemplo de relaciones con San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 7: 264-272.
- Castillo G. 1989. Agricultores y pescadores del Norte Chico: el Complejo Las Animas (800-1200 d.C.). En: *Prehistoria: desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 265-276. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Castillo G. 1992. Evidencias sobre el uso de narcóticos en el norte semiárido chileno: catastro regional. *Boletín del Museo Regional de Atacama* 4: 105-160.
- Castillo, G., M. Biskupovic y G. Cobo. 1985. Un cementerio costero del Complejo Cultural Las Animas. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 18. Volumen II, pp. 194-239. Museo Arqueológico de La Serena. La Serena.
- Cornely, F. 1935. *Mis excavaciones en Compañía Baja*. Biblioteca del Museo Arqueológico de La Serena. Manuscrito.
- Cornely, F. 1936. El cementerio indígena “El Olivar” La Serena. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 15: 35-40.
- Cornely, F. 1949. Cultura Diaguita-Chilena (Provincia de Coquimbo y Atacama). *Revista Chilena de Historia Natural* 51-53: 119-262.
- Cornely, F. 1956. *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*. Editorial del Pacífico S.A, Santiago.
- Cornely, F. 1969. Correspondencia con el director del Museo de Concepción, el profesor Carlos Oliver Schneider. *Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena-Boletín* 13:12-36
- Dietler, M. e I. Herbich. 1998. Habitus, Techniques, Style: An integrated Approach to the Social Understanding of Material Culture and Boundaries. En *The Archaeology of Social Boundaries*, editado por M. T. Stark, pp. 232-263. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- Duran, A. 1988. Excavaciones en los túmulos de La Puerta en el valle de Copiapó. *Boletín Ocasional del Museo Regional de Antofagasta* 1:
- Garrido, F. 2007. *El camélido sagrado y el hombre de los valles: Una aproximación a la Cultura Copiapó y sus relaciones a partir de la alfarería*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Garrido, F. 2011. Identidades y cambio en la transición del período Medio al Intermedio Tardío en el valle de Copiapó (Chile). En: *La cerámica arqueológica en la materialización de la sociedad: transformaciones, metáforas y reproducción social*, editado por M. Páez y G. De La Fuente, pp. 27-44. South American Archaeology Series 14, British Archaeological Reports, Oxford.
- Garrido, F. 2016. Unidades Residenciales y Diferenciación Social en el Sitio Diaguita El Olivar. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 65: 247-264.
- Gell, A. 1998. *Art and agency: An anthropological theory*. Oxford University Press, Oxford.
- González, P. 2013. *Arte y Cultura Diaguita Chilena: simetría, simbolismo e identidad*. Editorial Ucajali Ltda. Santiago.
- González, P. 2016. La tradición de arte chamánico shipibo-conibo (Amazonía peruana) y su relación con la cultura Diaguita chilena. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 21 (1): 27-47
- González, P. 2017. *Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno*. Colecciones Digitales. Subdirección de Investigación. *Colecciones Digitales*. Subdirección de Investigación DIBAM <http://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/sitio/Contenido/Colecciones-digitales/83495:El-sitio-arqueologico-El-Olivar>. 5 octubre 2020
- González, P. y G. Cantarutti. 2018. *Informe ejecutivo rescate arqueológico Áreas FUN 6 y FUN 8 sitio “El Olivar”*. Proyecto Mejoramiento Ruta 5 Tramo La Serena-Vallenar. Provincia de Elqui, Región de Coquimbo. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.
- González, P. y G. Cantarutti. 2019. *Informe consolidado sondeos de caracterización arqueológica. Sitio El Olivar*. Proyecto Mejoramiento Ruta 5 Norte Tramo La Serena-Vallenar, PK 475.200-475.600. Región de Coquimbo. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.

- Guajardo, A. 2008. *Tipología cerámica del Periodo Medio del Norte Semiárido (Complejo Cultural Las Ánimas)*. Informe Practica Profesional Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Guajardo, A. 2011. *El Complejo Cultural Las Ánimas y sus Vínculos con la Cultura Diaguita en la Región de Coquimbo*. Memoria para optar al título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney, y S. Zimmerman 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0–50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4).
- Larach, P. 2017. *Contextos mortuorios y diferenciación social (Complejo Cultural Las Ánimas)*. Tesis Magíster de Arqueología. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Latham, R. 1932. Alfarería Diaguita Arcaica. *Revista Chilena de Historia Natural* 36: 137–138.
- Latorre, E. 2009. *Una caracterización del trabajo de metales en la cultura Diaguita (c.a. 900-1536 d.C.)*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Montané, J. 1960a. Arqueología diaguita en conchales de la costa, Puerto Aldea, Excavaciones estratigráficas. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, 11: 57–67.
- Montané, J. 1960b. Arqueología diaguita en conchales de la costa, Punta Teatinos. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena* 11: 68–75.
- Montané, J. 1969. En torno a la cronología del Norte Chico. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 167–183. Museo Arqueológico de La Serena. La Serena.
- Niemeyer, H. 1998. El Período Medio, complejo Las Ánimas. En: *Culturas prehistóricas de Copiapó*, editado por H. Niemeyer, M. Cervellino y G. Castillo, pp.115–162. Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- Niemeyer, H., M. Cervellino y G. Castillo. 1991. Los períodos temprano y medio en la cuenca del río Pulido, Provincia de Copiapó, III región de Atacama. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III, 1–30. Imprenta Caballero, Santiago.
- Niemeyer H., M. Cervellino y G. Castillo (ed.) 1998. *Culturas prehistóricas de Copiapó*. Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- Osorio, C. 2003. *Sitio Compañía de Teléfonos de La Serena, una reevaluación*. Informe de práctica profesional. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Pavlovic, D. y S. Alfaro. 2019. Análisis Cerámico. Etapa de Sondeos de Caracterización Sitio Arqueológico El Olivar (Sector Ex Parcelas 105 y 106). En *Informe consolidado sondeos de caracterización arqueológica. Sitio El Olivar*, editado por P. González y G. Cantarutti. Proyecto Mejoramiento Ruta 5 Norte Tramo La Serena–Vallenar, PK 475.200–475.600. Región de Coquimbo. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.
- Slusser, M. S. 1950. *Preliminary archaeological Studies of Northern Central Chile*. Tesis de PhD en Antropología, University of Columbia, New York.
- Tapia, O. 2011. Avances sobre la cerámica Mojocoya. Cambios y continuidades estilísticas durante el Horizonte Medio. *Revista Textos Antropológicos* 16 (1): 2–13
- Troncoso, A. y A. Pavlovic. 2013. Historia, saberes y prácticas: un ensayo sobre el desarrollo de las comunidades alfareras del norte semiárido chileno. *Revista Chilena de Antropología* 27(1): 101–140.
- Troncoso, A., G. Cantarutti y P. González. 2016. Desarrollo histórico y variabilidad espacial de las comunidades alfareras del Norte Semiárido. En: *Prehistoria de Chile. Desde sus primeros*

- habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 319-364. Editorial Universitaria, Santiago.
- Washburn, D. y D. Crowe. 1988. *Symmetries of culture. Theory and practice of plain pattern analysis*. University of Washington Press, Washington.